

# ***La Cenicienta***

*Obra: Cuentos en verso para niños perversos*

*Autor: Roald Dahl*

*Tipo de texto: Poético*

"¡Si ya nos la sabemos de memoria!",  
diréis. Y, sin embargo, de esta historia  
tenéis una versión falsificada,  
rosada, tonta, cursi, azucarada,  
que alguien con la mollera un poco rancia  
consideró mejor para la infancia...

El lío se organiza en el momento  
en que las Hermanastras de este cuento  
se marchan a Palacio y la pequeña  
se queda en la bodega a partir leña.  
Allí, entre los ratones llora y grita,  
golpea la pared, se desgañita:

"¡Quiero salir de aquí! ¡Malditas brujas!  
¡Os arrancaré el moño por granujas!!".

Y así hasta que por fin asoma el Hada  
por el encierro en el que está su ahijada.

"¿Qué puedo hacer por ti, Cenicienta?

¿Por qué gritas así? ¿Tan mala vida  
te dan esas lechuzas?". "¡Frita estoy  
porque ellas van al baile y yo no voy!".

La chica patatea furibunda:

"¡Pues yo también iré a esa fiesta inmunda!  
¡Quiero un traje de noche, un paje, un coche,  
zapatos de charol, sortija, broche,  
pendientes de coral, pantys de seda  
y aromas de París para que pueda  
enamorar al Príncipe en seguida  
con mi belleza fina y distinguida!".

Y dicho y hecho, al punto Cenicienta,  
en menos tiempo del que aquí se cuenta,  
se personó en Palacio, en plena disco,  
dejando a sus rivales hechas cisco.

Con Cenicienta bailó el Príncipe rocks miles  
tomándola en sus brazos varoniles  
y ella se le abrazó con tal vigor  
que allí perdió su Alteza su valor,  
y mientras la miró no fue posible  
que le dijera cosa inteligible.

Al dar las doce Cenya pensó: "Nena,  
como no corras la hemos hecho buena",  
y el Príncipe gritó: "¡No me abandones!",  
mientras se le agarraba a los riñones,  
y ella tirando y él hecho un pelmazo  
hasta que el traje se hizo mil pedazos.  
La pobre se escapó medio en camisa,  
pero perdió un zapato con la prisa.  
el Príncipe, embobado, lo tomó  
y ante la Corte entera declaró:  
"¡La dueña del pie que entre en el zapato  
será mi dulce esposa, o yo me mato!".  
Después, como era un poco despistado,  
dejó en una bandeja el chanclo amado.  
Una Hermanastra dijo: "¡Ésta es la mía!",  
y, en vista de que nadie la veía,  
pescó el zapato, lo tiró al retrete  
y lo escamoteó en un periquete.  
En su lugar, disimuladamente,  
dejó su zapatilla maloliente.

En cuanto salió el Sol, salió su Alteza  
por la ciudad con toda ligereza  
en busca de la dueña de la prenda.  
De casa en casa fue, de tienda en tienda,  
e hicieron cola muchas damiselas  
sin resultado. Aquella vil chinela,  
incómoda, pestífera y chotuna,  
no le sentaba bien a dama alguna.  
Así hasta que fue el turno de la casa  
de Cenicienta... "¡Pasa, Alteza, pasa!",  
dijeron las perversas Hermanastras  
y, tras guiñar un ojo a la Madrastra,  
se puso la de más cara de cerdo  
su propia zapatilla en el pie izquierdo.  
El Príncipe dio un grito, horrorizado,  
pero ella gritó más: "¡Ha entrado! ¡Ha entrado!  
¡Seré tu dulce esposa!". "¡Un cuerno frito!".  
"¡Has dado tu palabra. Principito,  
precioso mío!". "¿Sí? -rugió su Alteza.  
--¡Ordeno que le corten la cabeza!".  
Se la cortaron de un único tajo  
y el Príncipe se dijo: "Buen trabajo.  
Así no está tan fea". De inmediato  
gritó la otra Hermanastra: "¡Mi zapato!  
¡Dejad que me lo pruebe!". "¡Prueba esto!",  
bramó su Alteza Real con muy mal gesto  
y, echando mano de su real espada,

la descocó de una estocada;  
cayó la cabezota en la moqueta,  
dio un par de botes y se quedó  
quieta...

En la cocina Cenicienta estaba  
quitándoles las vainas a unas habas  
cuando escuchó los botes, -pam, pam, pam-  
del coco de su hermana en el zaguán,  
así que se asomó desde la puerta  
y preguntó: "¿Tan pronto y ya despierta?".  
El Príncipe dio un salto: "¡Otro melón!",  
y a Cenicienta le dio un vuelco el corazón.  
"¡Caray! -pensó-. ¡Qué bárbara es su alteza!  
con ese yo me juego la cabeza...  
¡Pero si está completamente loco!".  
Y cuando gritó el Príncipe: "¡Ese coco!  
¡Cortádselo ahora mismo!", en la cocina  
brilló la vara del Hada Madrina.  
"¡Pídeme lo que quieras, Cenicienta,  
que tus deseos corren de mi cuenta!".  
"¡Hada Madrina, -suplicó la ahijada-,  
no quiero ya ni príncipes ni nada  
que pueda parecérseles! Ya he sido  
Princesa por un día. Ahora te pido  
quizá algo más difícil e infrecuente:  
un compañero honrado y buena gente.  
¿Podrás encontrar uno para mí,  
Madrina amada? Yo lo quiero así...".

Y en menos tiempo del que aquí se cuenta  
se descubrió de pronto Cenicienta  
a salvo de su Príncipe y casada  
con un señor que hacía mermelada.  
Y, como fueron ambos muy felices,  
nos dieron con el tarro en las narices.